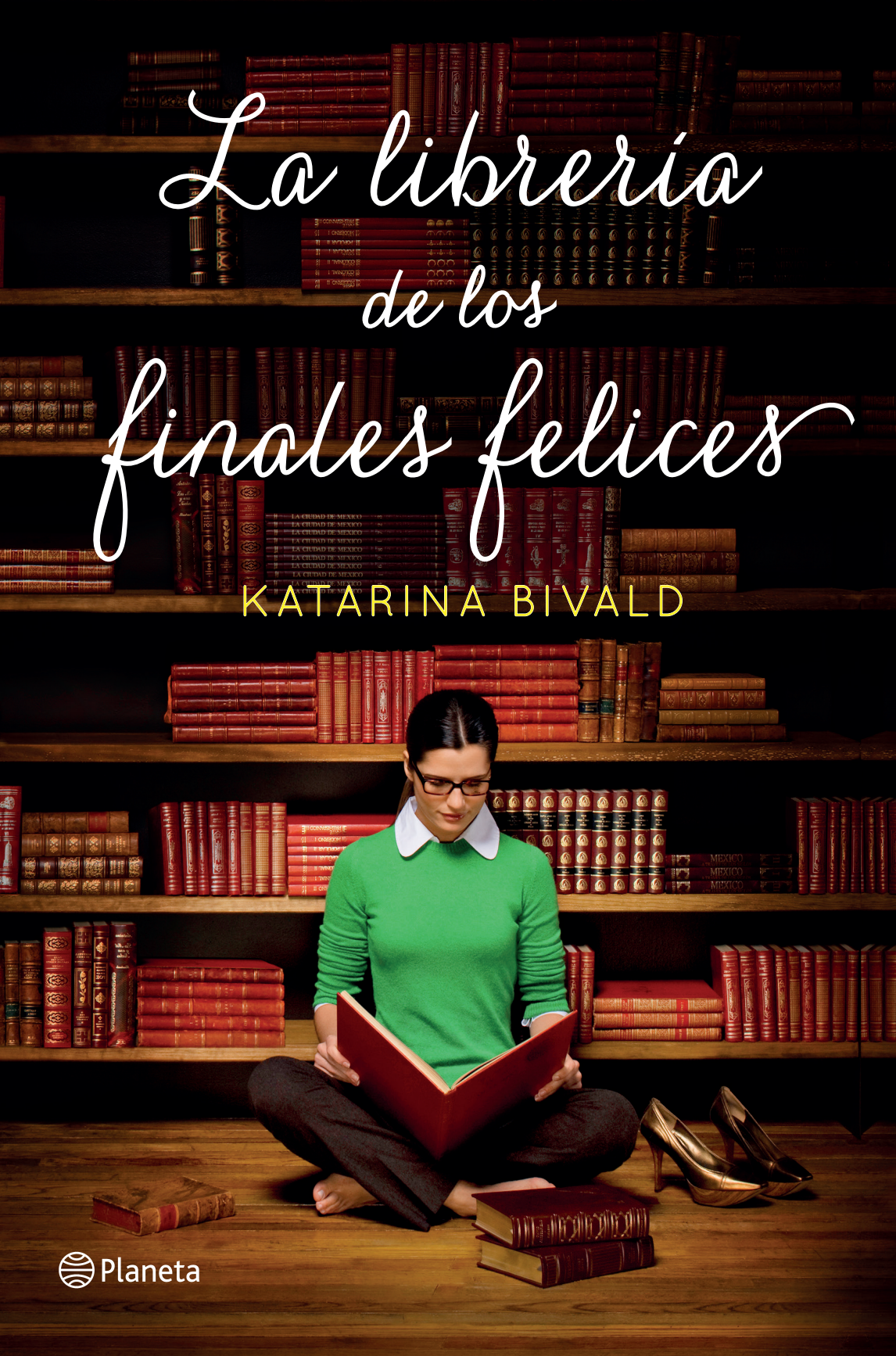
La librería de los finales felices

KATARINA BIVALD



Planeta

KATARINA BIVALD

LA LIBRERÍA DE LOS FINALES FELICES

Traducción del sueco por Pontus Sánchez

Planeta

Título original: *Läsarna i Broken Wheel rekommenderar*

© Katarina Bivald, 2014
Publicado de acuerdo con Bonnier Rights, Estocolmo, Suecia.
© por la traducción, Pontus Sánchez, 2014
© Espasa Libros, S. L. U., 2014
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Por esta edición:
© Editorial Planeta, S. A., 2014
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: octubre de 2014
ISBN: 978-84-08-13260-8
Depósito legal: B. 17.124-2014
Composición: Víctor Igual, S. L.
Impresión y encuadernación: Gráficas Estella, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico.**

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Sara Lindqvist
Calle Kornvägen, 7, esc. 1
136 38 Haninge
Suecia

Broken Wheel, Iowa, 15 de abril de 2009

Querida Sara:

Espero que disfrutes mucho de Una niña anticuada, *de Louisa May Alcott. Es una historia apasionante, aunque quizá un poco más moralizante que* Mujercitas.

En cuanto al pago, no te molestes, he tenido ese libro por duplicado durante muchos años. Estoy encantada de que por fin haya encontrado un nuevo hogar e incluso vaya a viajar hasta Europa. Yo nunca he estado en Suecia, pero estoy segura de que es un país muy bonito.

¿No te parece curioso que los libros de una hayan viajado más lejos que su dueña? La verdad es que no sé cómo tomármelo, si como un consuelo o como un desasosiego.

Un saludo afectuoso,

Amy Harris

Libros vs. vida: 1-0

La mujer desconocida que esperaba en la calle principal de Hope era tan convencional que casi resultaba indignante. Una figura escuálida y aburrida, vestida con un abrigo de otoño demasiado grueso y gris para la época en la que estaban. A sus pies descansaba una mochila y contra su pierna delgada se apoyaba una maleta gigante. Los lugareños que por casualidad habían sido testigos de su llegada no podían dejar de sentirse abrumados porque alguien se preocupara tan poco por su aspecto. Era como si aquella mujer no tuviera el menor interés en causarles buena impresión.

Su pelo era de un color castaño incierto, ni muy claro ni tampoco demasiado oscuro. Lo mantenía apartado de la cara sujetándoselo con un pasador y los mechones le caían por detrás de los hombros en tirabuzones desaliñados. Donde debería tener la cara solo se veía la portada de *Una niña anticuada*, de Louisa May Alcott.

A decir verdad, parecía que no le importara lo más mínimo hallarse en Hope. Era como si hubiera terminado allí porque sí, caída del cielo con el libro, la maleta y el pelo revuelto, como si pudiese haber estado en cualquier otra ciudad del mundo. Se encontraba en una de las calles más hermosas del condado de Cedar, quizá la más bella de todo el sur de Iowa, pero lo único que veía era aquel libro.

Sin embargo, no podía estar totalmente desinteresada. De vez en cuando dos ojos enormes y grises asomaban por encima del canto del libro, cual perrito de las praderas que sacase la cabeza para comprobar si la costa estaba despejada.

El libro bajaba un poco más y primero la mujer echaba una mirada furtiva hacia la izquierda para luego deslizarla a la derecha todo lo que podía sin tener que mover la cabeza. Después volvía a subir el libro y se sumía de nuevo en la lectura.

En realidad, a aquellas alturas Sara había memorizado hasta el último detalle de la calle. Incluso con el libro tapándole la cara, podía ver cómo los últimos rayos de sol de la tarde se reflejaban contra la chapa metalizada de los todoterrenos urbanos, también las coronas elegantes y organizadas de los árboles e incluso el rótulo de plástico laminado de la peluquería que había a cincuenta metros, decorado con la patriótica combinación cromática de rojo, blanco y azul. Y todo aquello envuelto en un dominante aroma a tarta de manzana recién sacada del horno. Llegaba de la cafetería que tenía a sus espaldas, donde unas pocas mujeres de mediana edad observaban su lectura con abierta desaprobación. O eso le parecía a Sara. Cada vez que despegaba los ojos del libro, las señoras fruncían el ceño y negaban ligeramente con la cabeza, como si al leer en la acera la joven estuviera rompiendo alguna norma de etiqueta no escrita.

Sacó otra vez el móvil y llamó al último número marcado. Dejó que sonaran nueve tonos antes de colgar.

Amy Harris se había retrasado un poco. Seguro que había una explicación lógica. Un pinchazo con el coche, quizá. O tal vez se hubiera quedado sin gasolina. No era difícil retrasarse —volvió a mirar la pantalla del teléfono— dos horas y treinta y siete minutos.

No estaba preocupada, aún no. Amy Harris escribía cartas de verdad en auténtico papel de antaño: grueso, blando y de color crema. No había ninguna posibilidad de que una persona que usaba auténtico papel de carta de color crema dejara tirada a una amiga en una ciudad desconocida, o de que resultara ser una asesina en serie psicopática con tendencias sexuales sadomasoquistas, con independencia de lo que dijera la madre de Sara.

—Disculpa, cielo.

Una mujer se había detenido a su lado. Tenía aquella mirada de falsa paciencia que solía salirle a la gente que ya le había preguntado algo a Sara varias veces.

—¿Puedo ayudarte en algo? —preguntó la mujer. Llevaba una bolsa de papel marrón con comida apoyada en la cadera. Una lata de sopa de tomate Hunt se balanceaba amenazadoramente cerca del borde.

—No, gracias —contestó Sara—. Estoy esperando a alguien.

—Ya veo. —En el tono de voz se intuía una soberbia satisfecha. Las señoras de la terraza seguían la conversación con notable interés—. ¿Es la primera vez que vienes a Hope?

—Voy a Broken Wheel.

Quizá fueran imaginaciones suyas, pero la mujer no pareció nada contenta con la respuesta. La lata de conserva se movía de forma peligrosa. Al cabo de un minuto, continuó:

—Me temo que Broken Wheel no es nada del otro mundo. ¿Conoces a alguien allí?

—Voy a vivir en casa de Amy Harris.

Silencio.

—Estoy segura de que está de camino —dijo Sara.

—Cielo, a mí me parece que te han dejado tirada. —Miró a Sara con expectación—. Vamos. Llámala.

Sara volvió a sacar el teléfono con desgana y resistió la tentación de apartarse cuando la mujer pegó la mejilla a su oreja para poder oír los tonos que se sucedían.

—No parece que lo coja, digo yo. —Sara volvió a guardarse el móvil en el bolsillo y la mujer se echó un poco hacia atrás—. ¿Qué vas a hacer allí?

—Vacaciones. Voy a alquilar una habitación.

—Y ahora te han dejado aquí tirada. Un buen comienzo. Espero que no hayas pagado por adelantado. —La mujer cambió la bolsa de comida de brazo y chasqueó los dedos en dirección a la terraza de la cafetería—. ¡Hank! —dijo en voz alta dirigiéndo-

se al único hombre que había allí—. Lleva a esta chica a Broken Wheel, ¿quieres?

—No me he terminado el café.

—Pues llévatelo.

El hombre soltó un gruñido, pero se levantó, obediente, y se metió en el local.

—Si yo fuera tú —continuó la mujer mirando a Sara—, no soltaría ese dinero de buenas a primeras. Yo pagaría justo antes de volver a casa. Y mientras tanto, lo tendría bien escondido. —Asintió tan enérgicamente con la cabeza que la lata de sopa de tomate dio otro brinco—. No digo que todos los de Broken Wheel sean unos ladrones —añadió por si acaso—. Pero te aseguro que no son como nosotros.

Hank salió con un café nuevo en vaso de cartón, y subió la maleta y la mochila de Sara al asiento trasero de su coche. A la muchacha la colocaron amable pero tajantemente en el asiento del copiloto.

—Llévala hasta allí, Hank —ordenó la mujer, y dio un par de palmadas en el techo del coche con la mano que le quedaba libre. Luego se asomó por la ventanilla abierta—: Si cambias de idea siempre puedes volver aquí.

—Así que Broken Wheel —comentó Hank sin el menor interés.

Sara juntó las manos sobre el libro y trató de parecer relajada. El coche olía a espuma de afeitar barata y a café tostado del caro.

—¿Qué vas a hacer allí?

—Leer.

Él negó con la cabeza.

—Como de vacaciones —aclaró ella.

—Habrá que verlo —dijo Hank como un mal augurio.

El paisaje que se extendía al otro lado de la ventanilla de Sara cambió ante sus ojos. Las parcelas de césped se convirtieron en campos de cultivo, los coches brillantes desaparecieron y las casas elegantes fueron sustituidas por un majestuoso muro de plantas de

maíz que se erguía a ambos lados de la calzada. La carretera continuaba en línea recta con una monotonía soporífera. De vez en cuando se cruzaban con otra carretera igual de recta, como si alguien las hubiera trazado sobre el mapa con una regla. «Un método igual de efectivo que cualquier otro», pensó Sara. Pero, a medida que iban avanzando, los cruces fueron haciéndose cada vez más escasos, hasta que le dio la sensación de que lo único que había a su alrededor eran campos de maíz a lo largo de kilómetros y kilómetros a la redonda.

—No puede quedar mucho de esa ciudad —dijo Hank—. Un amigo mío se crio allí. Ahora vende seguros en Des Moines.

Sara no sabía qué decir al respecto. Probó suerte con un «Qué bien».

—Está muy a gusto —afirmó el hombre—. Mucho mejor que si hubiera intentado sacar adelante un cultivo familiar en Broken Wheel, eso está claro.

Después ya no habló nada.

Sara se inclinó hacia el parabrisas como si estuviera buscando la ciudad que Amy le había descrito en sus cartas. Había oído hablar tanto de Broken Wheel que casi tenía la sensación de que la señorita Annie podía aparecer en cualquier momento con su ciclomotor con plataforma, o de que de pronto iba a toparse con Jimmy agitando el último número de su revista en el arcén. Durante un instante se los imaginó delante de ella, pero enseguida se borraron de su mente y se perdieron en la polvareda que iban dejando atrás. Un granero maltrecho surgió momentáneamente entre las plantas de maíz antes de volver a desaparecer como si nunca hubiese estado allí. Era el primer edificio que veía desde hacía un cuarto de hora.

¿Sería la ciudad tal como ella se la había imaginado? Ahora que por fin iba a conocerla, Sara incluso se olvidó durante un rato de lo intranquila que estaba porque Amy no le cogiera el teléfono.

Pero cuando al fin llegaron a Broken Wheel, podría no haberse enterado siquiera si no hubiese sido porque Hank aminoró la mar-

cha. La urbe apareció de pronto a lo largo de la ancha carretera, de casi tres carriles. Los edificios eran tan bajos que parecían una mera extensión del asfalto.

La calle principal estaba compuesta por unas pocas casas a ambos lados. La mayoría parecían apagadas y en desuso, grises y deprimentes en la puesta de sol. Varios de los comercios tenían las ventanas rotas o tapiadas con maderos, pero había una cafetería que aún estaba abierta.

—Bueno, ¿qué quieres hacer? —preguntó Hank desinteresado—. ¿Te llevo de vuelta?

Sara paseó la mirada por los alrededores. No cabía la menor duda de que la cafetería estaba abierta. La palabra «Diner» brillaba débilmente con letras de neón rojo, y había un hombre sentado a solas en la ventana más cercana. Sara negó con la cabeza.

—Como quieras —dijo él con el mismo tono de voz que si hubiera dicho «tú misma».

La joven se bajó del coche, abrió la puerta de atrás y tiró de la maleta con el libro de bolsillo apresado bajo el brazo. Hank arrancó en el mismo momento en que ella cerró la puerta. Dio un giro de ciento ochenta grados bajo el único semáforo de la ciudad.

Colgaba de un cable de acero y se cernía sobre el centro de la carretera. Estaba en rojo.

Sara estaba delante de la cafetería con la maleta apoyada en una pierna, la mochila echada al hombro y el libro abrazado al pecho.

«Todo saldrá bien —se dijo a sí misma—. Todo se arreglará. No habrá ninguna catástrofe...» Puntualizó: no pueden producirse catástrofes totales si se tienen libros y dinero. Tenía pasta suficiente para hospedarse en un albergue, si hiciera falta. El único problema era que estaba bastante segura de que no había ningún albergue en Broken Wheel.

Empujó las puertas —auténticas puertas de salón del Oeste, qué detalle más absurdo— y entró. La cafetería estaba vacía excepto

por el hombre de la ventana y una mujer tras el mostrador. El hombre era flaco y nervudo, y toda su aura y lenguaje corporal parecían pedir disculpas por existir. Ni siquiera levantó la cabeza cuando ella entró, sino que continuó dándole vueltas a la taza de café, despacio, en uno y otro sentido.

La mujer, por el contrario, dirigió en el acto toda la atención hacia la puerta. Pesaba por lo menos ciento cincuenta kilos, y sus enormes brazos descansaban en la barra que tenía delante. O bien el mostrador estaba construido especialmente para ella o bien la mujer llevaba tanto tiempo trabajando allí que se había adaptado a él. Era de madera oscura y más propio de un bar, pero donde debería haber posavasos para jarras de cerveza había servilleteros de acero inoxidable y menús plastificados con fotos de todos los tipos de grasa que se servían en el local.

La mujer encendió un cigarrillo con la misma seguridad que si fuera una prolongación de su cuerpo.

—Tú debes de ser la turista —dijo.

El humo del cigarro se esparció por la cara de Sara.

—Sara.

—Vaya día has elegido para venir.

—¿Sabes dónde vive Amy Harris?

La mujer asintió en silencio.

—Vaya día.

Un poco de ceniza cayó sobre la barra.

—Me llamo Grace —dijo—. Bueno, para serte totalmente sincera, me llamo Madeleine. Pero no te molestes en llamarme así.

Sara no tenía intención de llamarla de ninguna manera.

—Y ahora estás aquí.

La chica tuvo la sensación de que la tal Grace-que-no-se-llamaba-así estaba disfrutando del momento. La camarera alargó el silencio. Asintió tres veces con la cabeza para sí misma, dio una calada al cigarrillo y dejó que el humo escapara poco a poco por una de las comisuras de su boca. Luego se inclinó sobre la barra.

—Amy está muerta —dijo.

En el recuerdo de Sara, la muerte de Amy siempre quedaría vinculada al resplandor de grandes fluorescentes, humo de tabaco y olor a comida, pero en aquel momento la situación solo le confirió un aire de inverosimilitud. Estaba en una cafetería de una ciudad de provincias de Estados Unidos escuchando que una mujer a la que nunca había visto estaba muerta. Todo era demasiado irreal como para sentir miedo, demasiado raro como para ser una pesadilla.

—¿Muerta? —repitió, un comentario singularmente estúpido incluso para provenir de ella. Se dejó caer sobre un taburete. No tenía la menor idea de qué debía hacer entonces. Pensó en la mujer de Hope y se preguntó si no debería volver, a pesar de todo.

«Amy no puede estar muerta —pensó Sara—. Era mi amiga. Le gustaban los libros, por el amor de Dios.»

Lo que Sara estaba experimentando no era tristeza, pero recordó lo transitoria que es la vida y la sensación de surrealismo se hizo más fuerte. Había llegado a Iowa desde Suecia para hacer una pausa en la vida, incluso para alejarse de la vida, pero no para toparse con la muerte.

¿Cómo había muerto? Una parte de ella quería preguntar, otra no quería saber.

Grace continuó antes de que tuviera tiempo de decidirse:

—Diría que el entierro ya estará en pleno apogeo. No es que hoy en día sean eventos especialmente festivos. Demasiada tontería religiosa, si quieres mi opinión. Otra cosa muy distinta fue cuando murió mi abuela. —Miró la hora—. Pero creo que deberías ir para allá. Alguien que la conociera mejor sabrá qué tenemos que hacer contigo. Estoy intentando no dejarme arrastrar por los problemas de esta ciudad y, definitivamente, tú eres uno de ellos.

Aplastó la colilla en un cenicero.

—George, ¿llevas a Sara a casa de Amy?

El hombre de la ventana levantó la cabeza. Durante un instante

pareció igual de paralizado que Sara. Luego se puso de pie y llevó las maletas medio en volandas medio a rastras hasta el coche.

Grace agarró a Sara por el codo antes de que pudiera seguir a George.

—Ese es el Pobre George —dijo señalándole la espalda con la barbilla.

La casa de Amy Harris era lo bastante grande como para que la cocina y el salón de la planta baja fueran espaciosos, pero lo bastante pequeña como para que el grupito de gente que había asistido al funeral consiguiera llenarla del todo. Sobre la mesa y la encimera de la cocina había moldes de horno con comida, y alguien había sacado boles con ensalada y pan, y había metido cubiertos y servilletas en los vasos.

A Sara le pusieron un plato de cartón con comida en la mano y luego la dejaron más o menos en paz. George seguía a su lado, y aquella inesperada muestra de lealtad la conmovió. El hombre no parecía ni por asomo ser una persona especialmente valiente, ni siquiera comparado con ella, pero la había acompañado hasta dentro y seguía deambulando por allí con la misma inseguridad que Sara.

En el lúgubre recibidor había una cómoda oscura en la que alguien había colocado una foto enmarcada de una mujer que Sara intuyó que era Amy y dos banderitas de mesa raídas, la estadounidense y la del estado de Iowa. «Apreciamos nuestra libertad, y mantendremos nuestros derechos», proclamaba la última con letras bordadas en color dorado. Sin embargo, el color rojo estaba desvaído y uno de los bordes había comenzado a deshilacharse.

La mujer de la foto era una auténtica desconocida. Debía de tener unos veinte años, llevaba el pelo recogido en dos trenzas delgadas y su sonrisa era un mero posado normal y corriente para la cámara, igual que el de miles de otras fotografías. A lo mejor había algo en sus ojos, un destello risueño, que denotaba que todo era

una broma y que Sara más o menos podía reconocer de sus cartas. Pero aquello era todo.

Quería alargar la mano y tocar la imagen, pero le pareció impertinente. Así que se quedó de pie en el oscuro recibidor, balanceando con cuidado el plato de cartón y el libro. Sus maletas habían desaparecido, pero no tenía fuerzas para preocuparse de ello.

Tres semanas atrás se había sentido tan cerca de Amy que había estado dispuesta a convivir con ella durante dos meses. En aquel momento, era como si todo indicio de su amistad también hubiese muerto. Sara nunca había sido de las que pensaban que era indispensable haber visto a alguien en persona para poder ser su amigo —muchas de sus relaciones más fructíferas habían sido con personas que ni siquiera existían—, pero de repente insistir en la idea de que de alguna forma habían significado algo la una para la otra le pareció falso y casi irreverente.

A su alrededor las personas se movían despacio y deambulaban por las estancias como si se preguntaran qué demonios estaban haciendo allí, lo cual se acercaba con bastante exactitud a lo que pensaba Sara. Aun así, no parecían demasiado afectados por la pérdida. Ni sorprendidos. Nadie lloraba.

La mayoría la miraban con curiosidad, pero algo, quizá el respeto por la situación en la que estaban, les impedía acercársele con preguntas directas. Se limitaban a trazar círculos a su alrededor en el recibidor y a sonreír cada vez que sus miradas se encontraban.

Una mujer se materializó entre la multitud y la cazó en el pasillo, a medio camino entre el salón y la cocina.

—Caroline Rohde.

La postura y el apretón de manos eran dignos de la disciplina militar.

La mujer que Sara tenía delante era mucho más hermosa de lo que se había imaginado. Tenía los ojos profundos y almendrados, y los rasgos de la cara tan marcados como los de una estatua. Bajo la luz de la lámpara del techo, su piel brillaba blanca sobre los pó-

mulos marcados. Tenía el pelo grueso, con mechones grises que recordaban a la plata fundida.

Al cuello llevaba una bufanda de seda fina y fría que en cualquier otra habría quedado fuera de lugar, incluso para un entierro, pero que en ella resultaba atemporal y aportaba un punto glamuroso.

Era difícil calcular su edad, pero tenía el carisma de una persona que nunca había sido realmente joven. Sara tuvo la fuerte sensación de que Caroline Rohde no sentía un aprecio especial por la juventud.

Cuando abrió la boca, todos los que estaban cerca callaron. Su voz encajaba perfectamente con su carisma: decidida, resuelta, directa al grano. Quizá hubiera un atisbo de sonrisa de bienvenida en su voz, pero en ningún momento le alcanzó las comisuras de los labios. Como mucho, se le endurecieron un poco las líneas de la boca.

—Amy me contó que ibas a venir —dijo—. No puedo decir que me pareciera una buena idea, pero tampoco es asunto mío. —Después añadió a modo de reflexión tardía—: A lo mejor tampoco debería haberte dicho nada a ti, pero estarás de acuerdo en que nos ha llevado a una situación... poco práctica.

—Poco práctica —repitió Sara como un eco. Pero no lograba entender cómo Amy habría podido prever su propia muerte.

Otras personas se acercaron formando un semicírculo, de modo que quedaron detrás de Caroline y de cara a Sara, como si aquello fuera un circo haciendo una visita ocasional.

—No sabíamos cómo ponernos en contacto contigo cuando Amy... falleció. Y ahora estás aquí —resumió Caroline—. Bueno, veremos qué podemos hacer contigo.

—Necesitaría algún sitio donde vivir —dijo Sara.

Todos se inclinaron para oír sus palabras.

—¿Vivir? —dijo Caroline—. ¡Vivirás aquí, obviamente! La casa está vacía, ¿no?

—Pero...

Un hombre con alzacuello le dedicó una sonrisa amable y, por desgracia, la acompañó diciendo:

—Amy nos pidió expresamente que te informáramos de que nada ha cambiado en ese aspecto.

¿Que nada había cambiado? Sara ya no sabía si la que estaba como una chota era Amy, o el pastor, o todo Broken Wheel.

—Hay un cuarto de invitados, claro —volvió a intervenir Caroline—. Duerme allí esta noche, luego ya veremos qué hacemos.

El sacerdote asintió y de alguna forma todo quedó resuelto: Sara viviría sola en la casa vacía de Amy Harris.

La llevaron al piso de arriba. Caroline iba en cabeza, igual que un alto mando dirigiendo a su ejército, seguida de cerca por Sara y luego George, como una sombra silenciosa. La mayor parte del resto de los invitados iban tras ellos. Alguien le llevaba el equipaje, no sabía quién, pero la mochila y la maleta aparecieron como por arte de magia cuando llegó a la pequeña habitación.

—Nos encargaremos de que tengas todo lo que necesites —aseguró Caroline desde el umbral de la puerta, para nada en tono descortés. Luego echó a todo el mundo y se despidió de Sara con la mano antes de cerrar.

La joven se desplomó sobre la cama, de pronto sola otra vez, aún con el plato de comida en la mano y un libro solitario tirado a su lado en la colcha.

«Mecachis», pensó.